

Retrato de grupo con cadaver

Juan Ángel Juristo

Después de *Cornejas de Bucarest*, una novela que recalaba en la investigación y descubrimiento de una realidad poco conocida en apariencia pero muy similar a la de nuestro pasado, donde la Rumanía actual se cruza en una extraña secuencia espacio-temporal con el imaginario de una España atizada por el costumbrismo, el esperpento y la crónica negra, Sánchez Ostiz ha publicado la que creo es una de sus obras mayores, junto a *Las pirañas* y *La flecha del miedo*, y que debería descollar entre las mejores de los últimos años, *Zarabanda*. Se trata de una narración donde la farsa se enseñorea de una realidad hasta límites insospechados, consiguiendo cotas delirantes que pocos autores han conseguido, y que recuerda sobremanera al Céline de *Fantasía para otra ocasión* en el tono intenso y un tanto de pesadilla con que los personajes miran una realidad que a su vez describen pero que, en el fondo, se les escapa.

La novela es deudora de varias tradiciones, en las que el autor ha incidido en muchos de sus libros. Desde luego la de la farsa española, muy rica desde la aparición de la novela picaresca, a cuyo auge floreció una especie de crítica social que más tarde se constituyó en género, pero sobre todo la del esperpento, un esperpento que no bebe sólo de aguas valleinclanescas sino que se extiende a una corriente muy presente en Europa y cuyo origen habría que encontrarlo en los *fabliaux* y en Rabelais como maestro absoluto. Esa manera de abordar la realidad, tan semejante a nuestro esperpento, infla los trazos a la manera en que la carica-

Miguel Sánchez Ostiz: *Zarabanda*. Editorial Pamiela, Pamplona, 2011.

tura lo hace en el dibujo y su influencia llega hasta escritores como Louis Ferdinand Céline que dan una vuelta completa a ese legado: la farsa, en su vertiente esperpéntica, es ya la única manera legítima de enfrentarse a la realidad tal como es concebida en nuestro tiempo. Pero ese legado tiene sus fases. Su lado más armónico, más perfecto, es la del Céline de *Viaje al fin de la noche* y, sobre todo, de *Muerte a crédito*. Es este aspecto el que más ha influido en la concepción de la farsa que tiene Miguel Sánchez Ostiz. También, como no podía ser de otro modo, la del expresionismo alemán, en especial Alfred Döblin y Gottfried Benn. No hay más que contemplar determinados aspectos de *La flecha del miedo* y de la voz propia de su personaje Mabuse para darse cuenta de ello.

Zarabanda posee improntas muy intensas de ese legado celineano pero aquí no se incide en el aspecto onírico de un personaje determinado porque la novela no está escrita en primera persona, cosa que facilitaba esa atmósfera. Por el contrario, la novela es una narración coral, hecha de múltiples personajes: el hallazgo del cadáver de un travesti en una calera en la región de Humberri, localidad de ficción que ya había empleado en anteriores novelas suyas, es el detonante para que seis personajes rememoren, en su imaginario, fantasmas de desapariciones que tuvieron lugar en Humberri y que estuvieron relacionadas con el mundo del hampa, con crímenes de la Guerra Civil, con el tráfico de personas, con el contrabando, con la inmigración clandestina, en una especie de ensoñación siniestra en un mundo rural que recuerda en su opacidad, en sus miedos ancestrales, reprimidos, en su legendario modo de presentarse, el mundo sureño descrito por Faulkner hasta la extenuación del tema mismo. Sólo que, al contrario del autor de *El ruido y la furia* la dimensión épica brilla por su ausencia y sólo nos queda la caricatura de un mundo cruel que en el imaginario se ha querido ver como una Arcadia de valles verdes donde cada uno se bastaba a sí mismo.

Los caracteres con que Miguel Sánchez Ostiz adorna a sus personajes es uno de los gozos, y no menores, de la novela. Está un tal Chandrios, que algunos pueden confundir con ciertos rasgos apenas velados del autor mismo; está un médico, Doc, que recuerda por su humanidad y su afición a ciertas dependencias al rotun-

do médico de la película de John Ford, *La diligencia*; hay otros, Silbido, Pistón, que beben nada menos que en fuentes shakespearianas, pero todos ellos, formado en una cuadrilla como no podía ser menos, se sienten menos ligados en su conmoción al deleite del vino o a cierta debilidad que producen los años, que también, sino al hecho mismo de que ese crimen les pone en el disparadero de asumir los fantasmas de su memoria que es, a la vez, la memoria de toda la comarca de Humberri. Miguel Sánchez Ostiz confesó en cierta ocasión que se sintió conmocionado por el crimen de Cordobilla, en que fue asesinada una vecina de la localidad vasca de Ituren, una historia real que se recoge en *Zarabanda* y que, con toda probabilidad, ha sido uno de los detonantes que han impulsado a su autor ha dar forma a esta novela.

Este barullo de voces narrativas acontece, otra de las claves, en época de Carnaval, toda una metáfora del especial mundo de Humberri, donde cada cual tiene apenas unos instantes para, a través de la máscara, disponer de su propia personalidad y dárse-la a conocer a los demás. Trasgresión social que Miguel Sánchez Ostiz aprovecha para ofrecerla condensada en el especial mundo estrecho, absorbente y miserable, del bar Jai Alai y las conversaciones que tienen en ese lugar los miembros de la cuadrilla, donde se ajustan cuentas que ocurrieron hace mucho tiempo, en los años cincuenta y sesenta, pero donde parece que no hay perdón posible ni olvido por estar sepultadas en el rincón más recóndito de cada uno. Entre las conversaciones de la cuadrilla tiene lugar, en paralelo, la pesquisa policial, los informes forenses, la investigación propia que debería acontecer en cualquier narración donde se comienza por un asesinato. Sólo que aquí ese paralelismo se desplaza a otro lugar, mucho más dado a lo legendario, a la mentira, a la fábula, y que acontece en las mentes de los miembros de la cuadrilla. Así, hay dos narraciones que corren parejas: por un lado la común en una narración policial, de trama negra, donde se describen hechos, descubrimientos, enlaces entre el asesinato y ciertos elementos muy presentes en Humberri pero debidamente velados, y, por otro, las alusiones, los dimes y diretes, las puyas que se lanzan los miembros de la cuadrilla en el angosto Jai Alai, una zarabanda de voces que finalizan, la resolución de la novela es una celebrada y justa apoteosis de lo que debe ser la literatura, en

un bello mutis por el foro de los *dramatis personae* que han intervenido en lo que, en definitiva, es una farsa dramática a la vieja usanza, sólo que escrita como una novela. No es este el único hallazgo de la narración, está lleno de ellos, pero si el más espectacular por acontecer al final y porque, en cierta manera, explica y justifica las páginas anteriores. Con este libro, ya digo, Miguel Sánchez Ostiz ha vuelto a lo mejor de su obra, a títulos como *Las pirañas*, sin ir más lejos, pero con una diferencia, la intensidad, aquí, se trastoca en luz crepuscular, en deje melancólico, como corresponde a la atmósfera del último acto, de lo que se explica justo poco antes de que caiga el telón. La novela acaba con una llamada a la complicidad del compañero del alma, del hipócrita lector, para que a través de este juego de sombras alcance una vislumbre de la verdad. El género de la farsa, de tradición larga en nuestro país pero utilizada apenas ahora, tiene en *Zarabanda* cumplida excelencia ©